

ciertas mohinas que tuvo con el gobernador, se fue en seguimiento de fray Lorenzo, que era el que más había sustentado aquello de Yucatán.

¶ Estando pues estos cinco religiosos ocupados en aquella obra, pareciéndole a fray Lorenzo de Bienvenida que para lo mucho que allí había que desmontar eran pocos los obreros, embarcóse para España, donde recogidos treinta frailes volvió con ellos a Costa Rica, que es del obispado de Nicaragua, para donde fue luego proveído por obispo el padre fray Antonio de Zaías, de la misma orden franciscana, de la provincia del Andalucía. Y el mismo obispo procuró otros treinta frailes de la misma provincia y por su comisario fray Pedro Ortiz, y alcanzó del padre fray Francisco de Guzmán, que a la sazón era comisario general de Indias en Corte, que de los frailes que llevaba fray Pedro Ortiz en su compañía, y de los que estaban en Costa Rica, se hiciese una provincia, que se intitulase de San Jorge. El comisario lo concedió, por entonces, que era el año de 65. Mas porque no bastaba esta erección de prelado particular, sin la autoridad del capítulo general, después, en el que se celebró en París, año de 1579, se confirmó en provincia de San Jorge, con número de diez y siete conventos.

CAPÍTULO XVI. *De la fundación de la provincia de Zacatecas, y de los varones que florecieron en ella*



ACATECAS ES UNA TIERRA DE MINAS, que le cae a esta ciudad de Mexico, a la parte del norte. Antes que la fe entrara en estos reinos no eran tierras habitadas de los indios, o ya por ser muy frías y usar ellos de poca ropa, o ya por ser demasíadamente secas y de pocas aguas. Verdad es que aunque no había pueblos formados de gente puesta en forma de república y policía, habíalos derramados y sin concierto por parcialidades y rancherías (como en otra parte decimos)¹ de los que llaman chichimecas; pero después que comenzó a crecer el número de los españoles y querer más plata que ciudades, dieron en catar las entrañas de aquellas tierras, y hallando los metales que deseaban comenzaron a fundar sus congregaciones y pueblos. De los primeros que hubo por allá fue la que ahora se llama la ciudad de Zacatecas. Y como el número de españoles era mucho y no bastasen los pocos clérigos que había para su administración, fundaron luego frailes de San Francisco en aquella ciudad.

Otra hay más adelante, en la villa que llaman Nombre de Dios, la cual fundaron fray Pedro de Espinareda, sacerdote, y fray Cintos de San Francisco, lego, que primero había sido conquistado y le había cabido en encomienda el pueblo y provincia de Hueytlalpan. Cuando estos dos benditos religiosos se vieron en el puesto de el pueblo de Nombre de Dios, que era la cosa que más deseaban, por verse entre infieles, a los cuales buscaban para convertirlos, postráronse en tierra y besándola dijeron: Ésta es nues-

¹ Supra tomo I. lib. 5. cap. 22 et cap. 35.

tra madre y aquí hemos de morir por Jesucristo, convirtiendo a su fe estos enemigos de ella. Y bien se vio el celo santo de estos apostólicos varones, y la fuerza de espíritu con que Dios los llevaba; pues dicen con David:² Éste es nuestro descanso, aquí haremos nuestra morada por haberla escogido para ella, no perdonando trabajos, ni huyendo peligros, ni deseando más que morir por Cristo y buscando gentes a quien dar noticia de su santísimo nombre, diciendo: Comencemos esta obra en el nombre de Dios, se le quedó al lugar este santo nombre; el cual, haciéndose villa después, conservó este nombre. Esta casa, que primero se tomó por la provincia del Santo Evangelio, con la de Zacatecas que era de la de Xalisco, se tomaron después, para la fundación de la nueva custodia; la cual se erigió con otras casas que fundaron en algunos otros parajes y reales de minas que por todas llegaron a número de siete. Y quedó sujeta a esta provincia del Santo Evangelio de la cual era proveida de frailes en el número y cantidad y según el ministerio que los había menester. Y por no tener en sus principios el número de religiosos necesario para poder votar en la elección de custodia, era nombrado por el provincial y difinidores de esta provincia en los capítulos provinciales que se celebraban. Después crecieron en número las casas y los religiosos y quedóles a ellos la elección; pero siempre con el reconocimiento al ministro provincial de esta provincia.

Fundóse después casa en el Saltillo, y fundóla el padre fray Lorenzo de Gavira, natural de Extremadura; pero dejóse después por muchos años y pasó este religioso a Topia, muchas leguas adelante, donde fundó otra en el pueblo de los indios, que hasta hoy permanece. Y gobernando la primera vez (de dos que ha sido virrey) don Luis de Velasco, el segundo, esta Nueva España, se hizo la pacificación de los indios chichimecas, como en el discurso de su gobierno se verá. Y para esta pacificación sacó de la provincia de Tlaxcalla cuatrocientos indios casados, los cuales envió a aquellas tierras y los repartió y puso en sitios convenientes, donde se hicieron congregaciones y juntas de estos chichimecas; siendo la primera en las minas ricas de San Luis, que llaman de Potosí, donde quedaron algunos de estos indios poblados, cuya poblazón se llama Tlaxcalilla. Y en Mizquitic, tres leguas adelante, otros; y otros en el agua, que dicen de el Venado, doce leguas adelante de Mizquitic y tres antes de las Charcas. Todas estas poblazones a la parte de el norte de esta ciudad de Mexico, de sesenta a ochenta leguas de distancia, y en cada una se edificó convento o monasterio de frailes franciscos, que son los que sacaron de Tlaxcalla y llevaron a situar en las dichas poblazones. Todas estas casas e iglesias se hicieron a costa del rey y se gastó en ella mucha hacienda. Otra se hizo en el Saltillo, volviéndolo a poblar como estaba de antes para mayor seguro de aquel paraje y reducir en él a los indios de guerra.

Otra poblazón se hizo en Colotlan, doce o catorce leguas de la ciudad de Zacatecas, al mediodía, yendo a la de Guadalajara. Otra adelante de la misma ciudad de Zacatecas, treinta y cinco leguas, que se llamó la po-

² Psal. 133.

blazón de San Andrés, junto a Chalchihuites. Y todos estos tlaxcaltecas, con los chichimecas que allí se redujeron, son administrados de los mismos frailes franciscos, aunque después pasaron los indios de San Andrés a Chalchihuites, cinco leguas más acá. Esta reducción y retirada se hizo por haber muerto los chichimecas setenta tlaxcaltecas de los que allí estaban, do hirieron a fray Juan de Herrera su ministro, en la iglesia donde se habían hecho fuertes todos para defenderse; comiéronse muchas mujeres los bárbaros y lleváronse otras. Huyéronse luego los bravos, aunque ahora se han reducido al mismo puesto y se administran de los frailes, como antes en San Andrés los mismos frailes los trajeron. Por manera que de aquellas siete primeras casas y estas siete y otras que en otras nuevas tierras y reales de minas se fundaron, llegaron a número suficiente de poderla hacer provincia; y con esto se animaron los padres de aquella custodia de impetrar del pontífice breve y licencia para ello. Y el padre fray Juan Gómez, hijo de aquella provincia, deseoso de ver su madre ensalzada fue a España y trajo letras apostólicas para hacerla provincia; lo cual tuvo efecto en el año de 1604, por el mes de febrero. Para cuya erección y nuevo nombramiento llevó comisión del comisario general el padre fray Pedro de la Cruz, ministro provincial que era entonces de esta provincia del Santo Evangelio, hombre muy calificado, el cual fue a esta división personalmente para allanar y decidir todas las dificultades y cosas arduas que en el caso se ofreciesen, por ser tan docto y hombre maduro y compuesto y muy prudente para vencer cualesquier dificultades. En cuya compañía fui yo, por ser como era en la provincia su secretario y compañero; la cual división se hizo y erigió en provincia, con número de veinte y dos casas y monasterios. Y el primer provincial fue fray Alonso Caro, de la provincia de la Concepción, hermano de fray Diego Caro, comisario general que era a la sazón de esta Nueva España. Y por muerte del dicho comisario hubo de ir a España el dicho provincial, renunciando su oficio al segundo año. Túvose capítulo y fue electo el padre fray Gabriel Arias, hombre docto y muy gran predicador, y tenido en mucha y muy grande reputación de religioso en aquella tierra, hijo de esta provincia del Santo Evangelio. Y acabado su trienio fue electo el padre fray Diego maestro, hijo de la provincia de Burgos.

Llámase esta provincia de San Francisco, como se llamaba antes, siendo custodia y tiene disposición de extenderse en mucho número de casas, por las muchas tierras que en su contorno tiene de gentes chichimecas que aun no están convertidos, donde los padres de esta provincia han hecho y hacen muchas entradas y grande servicio a nuestro Señor y bien a aquellos pobres ciegos, deslumbrados con la carencia que tienen del bautismo.

Entre los religiosos que en esta provincia han florecido ha sido uno el padre fray Diego Ordóñez (de quien en otra parte ya hemos hecho mención), hijo de la provincia de Santiago, hombre venerable en su persona y muy adornado de letras y predicador famoso, arcediano que había sido de la santa iglesia catedral de Salamanca, la cual dignidad se le había dado siendo niño; murió en la dicha provincia siendo custodia y fue custodio en ella,

y está enterrado en el convento e iglesia de Sombrerete; murió de ciento y diez y siete años de edad y de hábito ciento y cuatro. Predicó un mes antes que muriese, aunque se desmayó en la silla donde estaba sentado, a poco rato que había comenzado. Y dígoles porque se vea la continuación de sus trabajos y cuán loablemente y con cuanto juicio dio fin a su decrepitud.

El padre fray Pedro de Heredia, hombre de mucho espíritu y celoso de la conversión de los indios chichimecas y bárbaros de estas tierras, estuvo tres años entre los del río de Piaztla, tierra caliente y trabajosa y de muchos mosquitos. Y aunque le ofendían rigurosamente, y el calor le fatigaba, lo sufría por amor de Dios, teniéndolo todo en poco por ganar en aquellas almas a Cristo crucificado. Su comida era un poco de maíz tostado y otras cosillas de poco regalo y sustancia. Y con ser aquella gente bárbara y fiera, nunca hicieron mal a este religioso, antes le estimaban y querían mucho; y no sólo en esta parte, pero en otras diversas donde estuvo; donde se veía que la mano de Dios obraba en la guarda y defensa de su siervo. Muchas veces le salieron los chichimecas a los caminos y le quisieron matar y le tiraron muchas flechas, y aunque le llegaban las flechas a la ropa, nunca pasaban a la carne y siempre le guardó Dios de estos peligros. Una vez le mataron un indio que iba junto a él; y otra, yendo huyendo de su furia, se le cansó el caballo en que iba y los indios le iban ya dando alcance y era fuerza cogerlo, y viéndose en tan conocido peligro se encomendó a Dios y a su madre y luego vido en aquel campo raso, junto a sí, otro caballo maneado que se estuvo quedo y en él se salvó, proveyendo Dios a su siervo de remedio donde si así no fuera muriera a manos de aquellos bárbaros. Fue custodio de aquella custodia una vez y comisario de ella algunas y el primero hijo de ella. Trabajó mucho en su aumento y murió en su última vejez y está enterrado en el convento de Guadiana, donde años antes había sido un hermano suyo, factor de el rey y hizo aquel convento y casa.

Fray Diego de la Magdalena, lego de profesión, floreció en esta provincia con olor de mucha santidad. Este bendito religioso era natural de Villa Nueva de Barcarrota, en Extremadura; tomó el hábito en esta provincia de el Santo Evangelio; era de mucha oración y grande recogimiento de su alma, gran ministro y continuo obrero con los indios chichimecas, a los cuales enseñaba las oraciones y doctrina cristiana con mucha frecuencia, y no cesaba días y noches de aprovecharlos en la virtud. Anduvo cerca de un año entre los indios que llaman pataragueyes; y aunque algunas veces quisieron matarle nunca se atrevieron a hacerlo. Estuvo en diversas partes de aquella tierra y después de ya pacífica, asistió en el puesto de Santa María, seis leguas de las minas de San Luis, donde hizo vida muy áspera y penitente en la conservación de aquellos indios chichimecas que allí se habían congregado. Metió en su celdilla el cuerpo de un indio difunto, el cual tuvo consigo por mucho tiempo arrimado a la pared para la consideración de la muerte; y de ordinario traía consigo una calavera. Era celosísimo de la honra de Dios, y deseosísimo que nadie le ofendiese; y así sucedía, que sabiendo que alguno había pecado y perseveraba en su pecado,

se iba a él y le amonestaba paternalmente y procuraba después de inquirir si había puesto la enmienda; y si no la hacía, se indignaba contra él y con lágrimas le reprehendía, doliéndose de la ofensa que a Dios se hacía, como otro David,³ que decía: Vi, Señor, los prevaricadores de vuestra ley y enflaquecíme y marchitéme, con ver que os quebrantaban la palabra, no guardando vuestra ley. Como quien dice: Tanto me encendía en enojo contra los pecadores obstinados que, como los que derriba la cólera cuando se sube a la cabeza, desmayaba y desflaquecía, no de ánimo cobarde sino de cólera que me derribaba. Porque para el justo, que siempre procura el amor de Dios, no hay mayores lanzadas que ver que todos no le amen; y no hay cosa que tanto le provoque a ira como ver que los hombres no temen la de su final juicio; y por esto este bendito varón, cuando veía que no aprovechaban ruegos ni amonestaciones, ni reprehensiones, lloraba y daba aviso a las justicias para que lo remediasen. En especial perseguía los amancebados y carnales, cuyos pecados suelen ser en una república más públicos que otros y menos castigados. Los últimos años de su vida estuvo en el pueblo de Tlaxcalilla, que está media legua de las minas de San Luis donde tenía cargo de aquellos indios y hospedaba al sacerdote que iba a decir misa los domingos y fiestas. En este lugar hizo cosas de más perfección que antes, aunque siempre las había hecho perfectas y se dispuso con más espíritu para seguir la jornada ordinaria que los hombres hacen de esta vida para esotra, como la candela que cuando está en términos de acabarse luce con más resplandor. Supo el día de su muerte que quiso Dios, por sus buenos servicios, hacerle cierto de el día de su descanso. Y dos antes se vino a las minas y pueblo de San Luis, y como conocido en él y que todos lo tenían por padre, andúvose despidiendo de ellos. Preguntábanle ¿qué a dónde iba? A lo cual respondía: Que a hacer una muy larga jornada. Llegó al convento y el guardián le preguntó lo que los demás, ¿qué a dónde iba? A lo cual, el santo de Dios, le respondió: Hijo mío, véngome ya a morir, que es llegado el tiempo de mi partida. Replicóle el guardián: Que por ventura no sería tan presto, sino que Dios le guardaría; y él respondió: Presto se verá. Pidió los sacramentos y diéronselos todos, con achaque de quebrado, y a dos días pasados dio su ánima a su criador, de vejez, que llegó a tener mucha. Murió de más de cincuenta años de hábito y religión, habiendo gastado en aquella tierra de Zacatecas más de los treinta y cinco o cuarenta. Hízosele un muy solemne entierro y concurrieron a él todos los indios de su pueblo y españoles de las minas, confesándolo todos por santo. Dícese de este santo varón que huían de él los amancebados porque los reprehendía ásperamente y reverenciaban su palabra. Vivió noventa y cinco años; y cuatro después de su muerte estaba su cuerpo entero.

También floreció en esta provincia su primer fundador, fray Pedro de Espinareda, de la provincia de Santiago. Era deseosísimo de la conversión de los infieles y alegrábase mucho cuando veía que iban frailes de esta pro-

³ Psal. 118.

vincia de el Santo Evangelio, o de algunas otras partes a aquélla, a la enseñanza y doctrina de los indios; que como apostólico varón apetecía mucho el conocimiento de el santísimo nombre de Jesús. Fue muy gran lengua de los chichimecas; y después de haber trabajado con ellos muchos años, por diversas partes de aquellas larguísimas tierras murió en el Señor, habiendo sido el primero custodio de aquella custodia. Está enterrado su cuerpo en el convento de Zacatecas.

El padre fray Francisco Loranza fue grandísimo siervo de Dios y supo muy bien lengua mexicana; era de la provincia de Castilla; hizo grande fruto en aquellas tierras y convirtió muchos a la fe de Jesucristo, por cuyo amor trabajó muchos años en ellas con grande fidelidad de siervo de Dios; al cual le dirían en su muerte (que fue siendo muy viejo) porque fuiste siervo fiel, en el ministerio,⁴ que te cupo de ministro evangélico, en el tiempo de su vida, ahora te haré mayorazgo de los gozos eternos; que quien sirve bien en lo poco, dando toda su voluntad en ello, merece que le den posesión en lo mucho que espera. Y pues los trabajos de la tierra, como dice San Pablo, respecto de los bienes de el cielo no son nada, y en ellos fue aprobada su constancia, recibe ahora en la gloria el bien infinito que esperas. Está enterrado en el convento de Chalchuites. Fue hombre de mucha y muy continua oración.

También el padre fray Martín de Veleña dio muestras de varón perfecto, que aunque fue casado en su mocedad, muerta la mujer y sabiendo la inquietud de el estado, de quien dice San Pablo,⁵ es muy propio andar cuidadosos de cómo conservarán su vida y cómo agrada el marido a la mujer, satisfaciendo con las cosas de el mundo, se acogió a la casa de Dios, donde dice David que vale más un día que cien mil entre las vagueaciones de los hombres; y en ella, como tortolica sola, libre de la comunicación de la compañera, arrullarse en el árbol de la cruz, haciendo nido para su descanso en las cinco llagas de Jesucristo, por cuyos rasgos entraba y salía con lágrimas y suspiros; paseando el huerto florido que la esposa dice de su santísima pasión. Y como hombre que sabía bien el desasosiego que había dejado, aprovechábase de la quietud de espíritu en la soledad que es donde dice Dios que lleva a los que quiere y ama. Era muy pobre de las cosas temporales; la cual pobreza le nacía de su espíritu, pues pudiendo tener algo en el siglo todo lo dejó, como otro San Pedro, y la amó en la religión. Un hábito y sombrero (caso extraño) lo conservó tiempo de treinta años. De donde se infiere cuánto era el menosprecio, de sí mismo, pues hábito de treinta años no lo tenía por viejo. Muchas veces le quisieron matar los chichimecas, con quien trataba y doctrinaba; pero siempre le guardó Dios de sus manos para mayores obras y servicios. Las hambres que pasó no es necesario decir las; pues entre chichimecas son muchas, pues ellos no saben comer sino tunas y raíces. Porque aunque hay codornices y otras aves en aquellos campos, no saben cazarlas para sí, ni para dar a otros.

⁴ Math. 24, 46.

⁵ 1 Ad Cor. 7.

Murió en paz, como hombre santo y está enterrado en el convento de Zacatecas.

Fray Cintos, de San Francisco, fundador de la casa de Nombre de Dios y de los primeros evangelizadores de aquellas gentes chichimecas, aunque lego (como hemos dicho) fue varón apostólico; trabajó en doctrinar aquellos bárbaros algunos años, yendo en los últimos de su vejez a ella, con deseos grandes de aprovechar a sus prójimos para más merecer en su cansada edad la corona, que dice San Pablo,⁶ que no se da sino a los que legítimamente han trabajado. Y aunque viejo en los años, muy renovado en el espíritu, como el águila que dice David,⁷ y tan animado en reducir aquellos infieles al conocimiento de Dios, como otro Jacob que estando a la muerte le dijeron que entraba a verle su hijo Joseph,⁸ y de la edad cansada sacó el amor las fuerzas que no tenía para levantarse; que quien a Dios ama, ni siente trabajos ni vejez, porque el amor de Dios todo lo facilita. Y así, este santo lego, cuando había de descansar no sólo del trabajo de las guerras pasadas, cuando ayudando al marqués del Valle, fue uno de los conquistadores de estos reinos, sino también de los pasados en la religión, después de fraile adonde sirvió en el estado humilde de lego, en los oficios que son de él, ayudando a los sacerdotes en todo lo que pudo a la conversión. Entonces, remozado en el espíritu, dice lo que la esposa: Levantarme he y iré a buscar al que ama mi ánima. El cual halló en aquellas tierras chichimecas, en la conversión y enseñanza de aquellos idólatras y gentiles. Y porque iba con estos deseos, luego al primer lance que se le ofreció, haciendo principio en su determinación, dijo: En el Nombre de Dios, y este se le quedó a aquel pueblo por nombre. Fue enterrado su cuerpo en el convento de esta dicha villa de Nombre de Dios, y su sepulcro es muy venerado, el cual está señalado con un marco que le tienen puesto para conocerle. Ha quedado entre los indios mucha memoria de él; el cual, mientras el compañero se ocupaba en las cosas de el ministerio de los sacramentos, el santo lego enseñaba a los indios las oraciones y a cantarlas en canto llano y devoto, y juntamente el *Pange lingua*, para que alabasen a Dios con este himno. Y hacía que de noche cantasen la doctrina, porque con el silencio de ella fuese Dios más dignamente álabado y los indios se acostasen con algún jugo de devoción. Y fue tal la costumbre que les quedó a todos los de aquella tierra, que aun después de muerto, muchos años no la tenían olvidada. A mí me contó un religioso de mucha fe que los indios chichimecas, de el Peñol Blanco, estando alzados y de guerra, se juntaban de noche en su iglesia y allí cantaban las oraciones y el *Pange lingua*, como el santo lego se lo había enseñado, no teniendo ningún ministro entre ellos; aunque después acá los han reducido a la paz y están a la doctrina de los frailes de San Francisco y tienen convento en San Juan de el Río y están muy sujetos y pacíficos.

⁶ 2. Ad Tim. 3.

⁷ Psal. 102.

⁸ Genes. 48.